

El pantano
(*Del diario de una mujer*)

Concha Lagos

PRÓLOGO

He aquí un libro del que sería preferible, por innecesario, no decir nada en un prólogo; libro es para comentarlo después de vuelta la última hoja, para desmenuzar las sugerencias y los instantes diseminados en su extensión, como una vida que se ofrece a la mirada.

Sencillo, como la vida misma, capta nuestra atención desde sus páginas iniciales, nos sentimos adentrados en sus peripecias –a veces melancólicas, otras airadas, pocas alegres–, sin que podamos desprendernos de su atmósfera de sinceridad, de lo atrayente de su lenguaje sencillo, sin rebuscamiento.

Incoherentemente, como lo son las reacciones humanas ante lo cotidiano, nos es mostrada un alma de mujer preocupada por problemas serios, de hondura, en los que cala con sutil penetración y valentía poco corrientes. En estos tiempos, en que en el panorama literario abundan con profusión las plumas femeninas, es grato destacar que Concha Lagos nos entrega este libro, fruto de sus meditaciones en días tensos, con sencillez, sin alharacas publicitarias tan al uso.

¿Dónde acaba en *El pantano* la ficción y empieza la realidad? ¿Cómo separar lo vivido de lo inventado? *Del diario de una mujer*¹ lo subtitula su autora, y tan espontáneo nos parece el deambular de la protagonista por sus páginas, que casi nos atreveríamos a afirmar que se autorretrata, que apenas si añadió algún hecho irreal,

¹ Cursivas de la primera edición.

alquimia literaria, a su obra, que, por otra parte, no lo necesita al hallarse cimentada en profundos sentimientos, en humanísima postura espiritual ante personas y hechos, ante paisajes y libros.

Pero innecesario nos parece decirte, lector, algo que percibirás en cuanto avances por el mundo sensible, y a veces poético, creado por Concha Lagos.

Rafael Millán

Yo pensé una florida pradera
en el remate de un camino y me
encontré un pantano.

Juan Ramón Jiménez

Dan las doce. Las doce de la noche en una estación extraña, en un país extranjero. ¡Es la noche de Navidad!

Al fin se forma el tren y comienza el rodar monótono en las tinieblas devorando el espacio, la soledad del campo. También mi soledad quisiera ser devorada, la siento oculta el alma, en lo más hondo de mi alma...

Ahora ya no es una estación extraña ni un país extranjero.

He aquí las palabras:

—«Posada al peregrino, comida al hambriento...» Si el pan nos es arrojado igual que a un perro, el hambre no mira al pronto la ofensa y se apresura a devorarlo, hasta que un nudo oprime nuestra garganta impidiéndonos continuar...²

Lluvia. Cristales empañados. Montes envueltos en niebla. Un mar gris. Esto es el despertar, esto es lo que ofrece la mañana a mis cansados ojos.

Paseo inquieta por la pequeña estancia; de cuando en cuando hago un alto ante la ventana. Lloro el jardín, lloro el paisaje, lloran los árboles; hasta la más pequeña brizna llora y llora sin cesar.

² Aquí la edición de 1954 incluye comillas («») pero lo consideramos un error tipográfico.

Recorramos la casa: en el piso bajo, el comedor y la sala. En este alto, dos alcobas y un pequeño gabinete; luego, al fondo y antes de llegar a la galería, la morada del Ogro. Pero no es el Ogro de los cuentos infantiles, no; este está inmóvil, rígido en un sillón de elevado respaldo. El contraluz de la ventana dibuja su perfil de rabino y su cabeza ceñida por el gorro. Una mano huesuda se agarrota sobre el bastón. ¡El bastón! Lo único viviente. Con él crea la soledad en torno suyo, amenaza, se debate en el aire a impulsos de una energía insospechada. Con él se libra de sentimientos y afectos. El bastón seco y nudoso es la propia imagen de su alma.

Toda la familia acude a visitarme; ni un pariente falta. Pronto empiezo a comprender que tanta solicitud no nace del afecto. Represento un espectáculo gratuito. Se me exhibe. He tenido que cambiar varias veces de asiento, y aún más: escuchar toda clase de exclamaciones y comentarios. Quedo enterada, porque lo manifiestan en alta voz, del efecto que les produzco. Me comentan y discuten sin el menor miramiento; existen variadas opiniones. En estas circunstancias parece que mi papel debería ser muy desairado. Estoy asombrada de que no lo sea; pero hay situaciones tan extremas en la vida, que nos hacen dudar de su realidad. Tal vez debido a ello he podido inhibirme y analizar a mi vez el espectáculo.

Se ha servido el té en el cuarto del Ogro. El sillón de ruedas es acercado a discreta distancia de la mesa, muy discreta, ya que todos hacen gestos de repulsión y desagrado; y es que el Ogro, semiparalítico, babea y lagrimea sobre la taza y la servilleta... A su lado toma asiento la hija, pero le da la espalda. Es alta y delgada. Un gesto rígido, cruel, se dibuja en sus labios. Dura y fría la expresión de la mirada. Ropas oscuras le ciñen los huesos. Si alguna vez tuvo belleza o feminidad, está tan esfumada que nadie podría reconocerlo.

El hijo es el reverso de la medalla. De él cabría decir: ¡Si alguna vez tuvo hombría!... Posee una belleza blanda, femenina. Es perfecto el óvalo de su cara, monjil la mirada, que a intervalos baja en gesto pudoroso; femenina la línea de la boca, y hasta un ostentoso lunar descaradamente colocado en la mejilla.

El número cómico de la reunión lo dan tres ejemplares de parentesco más lejano. En realidad, su presencia aquí no es muy

oportuna, pero me divierte observar sus gestos y ademanes. Ríen sin motivo, lanzando pequeños gritos que no sé exactamente lo que quieren expresar. Llevan parte de los dientes enfundados en platino. Las cabelleras, ásperas y rojizas, les resbalan desgredadas, en completo descuido. Creo que sueltas en una selva y adornadas de plumas harían buen papel, y hasta sospecho que mi imaginación infantil debió figurarse así las malas hadas. Aquellas hadas envidiosas, vengativas, que por no haber sido invitadas al bautizo descargaban sobre la pobre princesa todos los malos dones... Y un estremecimiento me sobrecoge a mi pesar.

Al presente no aspiro a la felicidad, pero sí a vivir dentro de mí, dado que esto sea posible, ya que parece privilegio de los que se han encontrado a sí mismos. ¿Cómo podría yo encontrarme si solo el intentar seguirme la pista me resulta agotador?